

CLASICOS COLOMBIANOS

HISTORIA DE UNA ALMA

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

El doctor José María Samper (1828-1888) fue uno de nuestros más fecundos y múltiples escritores de la pasada centuria.

Hombre de intensa y dramática acción política, y literato en el sentido más amplio de la palabra, representa algo así como un símbolo muy cabal de lo que fueron nuestros antepasados ilustres de la segunda generación de la República, la mayor parte de los cuales solían manejar, alternativamente, la espada del guerrero, la pluma del letrado y el verbo encendido de la elocuencia tribunicia.

Soldado, cuando se trató de acudir a la defensa de los principios a los cuales había otorgado su adhesión y que juzgaba saludables para la felicidad y el progreso de la Patria. Político de larga travesía. Abogado, profesor y diplomático. Y escritor, naturalmente, con vocación definitiva y consagración tan eminente que, por encima de todas sus otras actividades, permanentes u ocasionales, se puede decir de él que toda su existencia fue la de un perfecto hombre de letras, sin desmayos y antes sí con tesonera dedicación y alto concepto de lo que fue su menester vital por antonomasia.

Su producción es una de las más variadas, constantes y copiosas que ofrece nuestra literatura. Poeta —de muy mediocres realizaciones—, periodista infatigable, historiador, insignificante novelista, dramaturgo —su comedia de costumbres de provincia *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna* es una no desdeñable muestra en su clase—, notable ensayista, orador parlamentario y académico, fueron muchos los sectores de las letras en los que se movió su inquieto espíritu.

La variedad de asuntos tratados por el doctor Samper, y especialmente su irrestañable fecundidad para componer, han sido los aspectos que con más insistencia le ha señalado la crítica. Y los que más han configurado su personalidad de publicista. Como se ha dicho certeramente, en aquella variedad y en esta fecundidad residen en gran parte muchas de las fallas de que adolece su producción literaria y que tanto contribuyeron a desmejorarla. En un pasaje de la que puede considerarse su obra maestra, *Historia de una alma*, el mismo autor nos ha dejado un testimonio de lo que era su intensa actividad de escritor. Se refiere a la época de su residencia en Francia y dice: "Ello es que yo trabajaba simultáneamente en París en numerosísimos y muy diversos campos. Allí escribí no pocas poesías, entre ellas algunas de las mejor inspiradas, como *El Hogar*, *El Espíritu en la Materia*, *El Tequendama* (visto con la me-

moria y la imaginación mucho mejor que de cerca con los ojos), y *El Guardia Nacional en Hispano-América*; allí escribí la primera de las novelas, de composición formal y seria, que he publicado: *Las Coincidencias*, que en sustancia era la historia de mi primera juventud, y no pocos artículos de costumbres, entre otros: *La literatura fósil* y *Los Hispano-Americanos en Europa*; de allí dirigí al marqués de Albaida una serie de cartas políticas (“De un republicano de Sud-América a un republicano de España”), que fueron publicadas en *La Discusión* de Madrid y años después reproduje en volumen, en Bruselas, junto con varios *Discursos políticos*; y a más de los pequeños trabajos que presenté a las Sociedades de Geografía y de Etnografía, allí escribí muchos millares de páginas sobre política, economía, estadística, literatura, crítica y viajes, que remitía a los periódicos de Lima y Bogotá con quienes tenía compromisos como corresponsal”.

Fue el género histórico en su variante de las *memorias* frecuentemente favorecido en la literatura colombiana del siglo XIX. Varios fueron los escritores, muy destacados algunos de ellos, que lo cultivaron con bastante éxito. Como lo acreditan, entre otros, el general Posada Gutiérrez, Caicedo Rojas, Camacho Roldán y José María Samper en su *Historia de una alma*.

Pocas producciones del copioso repertorio del doctor Samper ofrecen calidades tan estimables como la *Historia de una alma*. Calidades que, indefectiblemente, han venido a conferirle, en la conjunción de sus mejores modalidades, primacía cierta a esa obra.

En sus páginas, bien llevada y dirigida, su fluente y fácil elocución; el renovado interés; su distinta amenidad; los atisbos de naturaleza psicológica; sus concepciones de la cultura, de la sociedad y de los hombres de su tiempo; la suma de noticias generales y de orden autobiográfico que consigna. Y, señoreándolo todo, la sinceridad de la narración y la franqueza de sus opiniones, tan sostenidas que, fuera de ser las más auténticas expresiones de un carácter independiente y espontáneo y de un temperamento altamente idealista, le llevan en veces a manifestaciones de simpleza e ingenuidad.

Así, dentro del ámbito de sus evocaciones de época y de la descripción de los medios en que le tocó moverse, nos comunica el autor, con personálísimos acentos, las más notables incidencias de su biografía. Su infancia en Honda, el terruño natal cuyo paisaje de “admirables bellezas” —como él lo anota con inspirado énfasis romántico— tan poderosa influencia ejerció en buena parte de su formación espiritual, en su visión poética del mundo. Sus años de estudiante en Bogotá, en días de intensa agitación ideológica y de grandes transformaciones en la vida nacional. Su participación en la campaña militar contra Melo. Los cargos desempeñados en la administración pública. Su viaje al exterior y andanzas por Europa. Su intensa actividad intelectual en el Viejo Mundo. El regreso a América. Su estada en Lima al servicio del periodismo peruano. Y el reintegro a Colombia.

Y por entre el discurso de los sucesos y anécdotas del relator, las íntimas experiencias anímicas. Principalmente, la confesión del itinerario recorrido por su inquieto espíritu desde los radicalismos y autopías de juventud hasta las tranquilas rectificaciones posteriores.